

¡Gran Dios! Estremece el recordarlo, duele nos el decirlo; pero nuestra ingratitud hacia los bizarros campeones que nos dieron patria, ha sido el cruel castigo que México resiente, al verse destrozado por la furia infernal que alienta la discordia.

La memoria de Hidalgo y otros héroes, escarnecida en la historia de un contemporáneo, y en los papeles públicos; la sangre de Iturbide derramada en Padilla por los mismos á quienes hizo libres: la del inmortal Guerrero vendida en Acapulco al farisaico Picaluga: el funesto abuso que hemos hecho del magnífico don que nuestros padres nos legaron, comprado con sus mismas vidas: la criminal inteligencia de los que han tenido la palabra libertad por sinónimo de prostitucion y pillage, de espoliacion y escándalo; todo esto y mucho mas que el rubor contiene entre mis labios, nos ha presentado ante la civilizacion del mundo, no con el ropage honroso del ateniense y el espartano, sino con el saco del demente y la argolla del esclavo indigno de ser libre, y de substraerse al látigo de su amo...

¡Pueblo sin fé! Porque no tenemos hoy la que alumbraba á Hidalgo en su camino de gloria, para alcanzar un gran bien.

¡Pueblo sin creencias! Porque no hemos visto, como Hidalgo, la certidumbre de asegurar un dichoso término, representado en el centro de su pabellon azul y blanco, por la efigie consoladora de la Santa Madre de Dios.

¡Pueblo sin patriotismo! Porque pisoteado nuestro pabellon por el calzado brusco y claveteado del Norte, hoy se presume ver un astro de esperanza, que brilla sobre el capitolio de Washington.

¡Pueblo sin gratitud! Porque para solemnizar el gran dia que hoy nos alumbraba, y tributar un mezquino homenaje á las santas victimas de nuestra independencia, es necesario empuñar el platillo del pordiosero, poner en juego los recursos plañideros del mendigo, y llamar á las puertas para obtener una limosna miserable, en cambio de la patria que nos dieron los varones magnánimos de Iguala y de Dolores....!

¡Ilustres mártires de nuestra libertad! ¡Héroes invictos de mi patria! ¡Abandonad por un momento vuestras tumbas! ¡Venid á la luz del dia, y venid! no á demandar la injuria atroz que se hizo á vuestro noble y precioso sacrificio, ni á pedir cuenta de vuestra sangre derramada por manos parricidas! ¡Levantad vuestra noble voz! ¡Dejad la investidura del padre tierno, y vestid el ropage del juez severo, que reside en la conciencia y juzga á todo un pueblo....!

Preguntad á ese pueblo qué ha hecho de la preciosa herencia que le legasteis.

Preguntad al hermano lo que hizo de su hermano, así como Dios preguntó á Cain por su hermano Abel.

Preguntad cuáles han sido los frutos que produjo vuestra sangre vertida en el patíbulo.

Preguntad dónde se halla el magestuoso pabellon de Iguala.

Pedid cuenta de la sangre vertida en mil y mil combates fratricidas; de esa sangre cuyas gotas sembradas en los campos de batalla, en otros tiempos producian laureles!

Inquirid dó se encuentra el manto regio, la púrpura imperial que engalanó á mi patria, cuando la hicisteis señora y reina de sí misma.

¡Preguntad! ¡Inquirid! y vereis entónces con asombro que la guerra con "su voz de trueno y su aliento de metralla," recorre nuestros campos y ciudades.

Vereis que ya no es el Sol magnífico de Iguala y de Dolores el que ilumina nuestra patria....! Es el siniestro fulgor de cien cañones el que refleja y brilla sobre escombros!

Vereis que de la sangre regada en las campiñas, ya no germinan palmas y laureles, sino abrojos punzadores, que desgarran el pecho del infeliz Anáhuac.

Vereis el manto regio hecho girones por el plomo y el hierro parricidas, y á nuestra madre patria próxima tal vez á perder la diadema, para encontrar en cambio la marea y el collar del siervo envilecido!

Vereis, en suma, que el hermoso pabellon tricolor que nos legasteis, os sirvió de sudario, quedando sepultado con vosotros en la misma tumba....!

Y al tender vuestra mirada triste sobre el vasto y risueño territorio que arrancasteis de las garras del tirano, vereis que donde vuestra fé y ternura pretendieron plantar la dicha, la paz y la concordia, allí ha brotado el llanto; allí la ingratitud, allí la espoliacion, allí el egoismo, allí la ambicion desenfrenada, allí la guerra de esterminio, allí la esclavitud, allí la muerte con todos sus horrores....!

¡Mirad! Las fuentes de riqueza nacional están cegadas por el residuo del cartucho quemado en los combates! Las coronas de laurel y mirto que adornan vuestras tumbas, se miran salpicadas de sangre mexicana! Vuestros hijos no habitan ya las márgenes del Gila y Colorado, del Bravo y del Sabina, cuyas riberas se ven pobladas de rapaces buitres. La li-



bertad se ha puesto en pública subasta. La independencia está sujeta al golpe del martillo de un vendutero; y antes de todo se ha vendido por leguas el territorio nacional, así como la tela vil se menudea por varas....!!!

¿Y estos son los hijos de Hidalgo, de Morelos y Galeana? ¿Esta la gran estirpe de Guerrero, de Allende y de Iturbide? ¿Este el pueblo a quien permitió el Eterno que fuera libre, independiente?

¡Dios mío! ¡Dios de justicia y de bondad! Nos hallamos mas indignos de comparecer ante vos, que lo estuvieron Adán y Eva despues de su pecado! Las hojas de una higuera no bastan á cubrir nuestra vergüenza. La losa de nuestra tumba la dejará traslucirse, y al través de cien siglos se revelará aun nuestra afrenta, nuestra infamia....!

Perdonad, mexicanos, que emponzoñe los tiernísimos recuerdos de esta solemnidad cívica, con la memoria de nuestros dias amargos y luctuosos. Nuevamente protesto que no aliento el deseo de alimentar rencores espúreos: tampoco la mira innoble de atizar los odios fraternales.... No, ¡vive Dios! Mi voz no es hoy de ningun bando; mi fé política es toda de mi patria: la libertad de mis ideas y pensamientos, es hoy esclava solamente, del lema salvador con que Iturbide y su brillante ejército, marcharon todo un porvenir de dicha en el flameante pabellon de Iguala....  
*¡Religion! ¡Union! ¡Independencia!*

Mas no creo, señores, que la solemnidad del presente aniversario, se reduzca solo á un júbilo estéril y á memorias gloriosas, sin pensar tambien en nuestros dias amargos. Pensemos, pues, en que mas grande, mas bello y mas solemne será este aniversario, si juramos ante esos trofeos de gloria, conservar incólume el hermoso patrimonio de Iturbide, y el riquísimo legado de nuestros padres, cuyos nobles espíritus esperan al ménos la confesion sincera de nuestras faltas y extravíos.

Por lo mismo, ya que he tocado la herida por donde exhala el alma nuestra hermosa patria, es preciso buscar los parricidas, y descubrir el sitio social donde se ocultan.

Recorramos, pues, los puntos mas culminantes del gran cuerpo social, pero sea salvando ántes, para ser mas justos y sinceros, honrosas escepciones de ese mismo cuerpo, miembros no lacerados todavía.

Busquemos pues la verdad; comprendamos nuestra angustiada situacion; conozcámonos á nosotros mismos, y al conocernos habremos descubierto el manantial impuro, de donde brotan los funestos males que pesan sobre México. La sincera confesion de nuestras faltas, es la ofrenda

mas pura que nuestras almas pueden presentar en este dia solemne, ante los altares de la patria. ¡Sacrificio digno de los heroes inmortales, cuyo valor y patriotismo hoy conmemoramos!

Compatriotas! vuestra bondad, que me ha alentado y conducido hasta aquí, no me abandone. Noble y generosa acompañeme al fin de mi cansada alocucion, que está cercano.

Nuestra aparicion política en el mundo, como pueblo independiente, cautivó la atencion del universo, que nos contempló grandes, denodados y hercicos, en los primeros dias risueños de nuestra redencion social. La mas hermosa de las colonias de España, aparecia imponente y magestuosa, sublime y radiante de hermosura, cual el fenómeno portentoso que acabamos de admirar decorando los cielos, y reinando esplendente sobre las tinieblas, en una de las pasadas noches. Pero lo mismo que aquel fugaz meteoro, (1) la duracion de nuestro brillo desapareció bien pronto. La aurora de nuestra dicha se hundió en horizontes ignorados, y el pavor de la oscura noche cubrió la esplendidez de un pueblo, que acababa de nacer para la libertad y el engrandecimiento!

Necesario es decirlo de una vez: sea por la educacion colonial que se nos dió, sea por la indolencia que engendran los climas templados como el nuestro, al hacernos independientes del trono de Castilla, quedamos convertidos en esclavos de dos pasiones degradantes y funestas: la *empleomanía*, el *egoísmo*.

Con la libertad de México, se conquistó tambien la libertad de la inteligencia y del saber. Las espadas de Hidalgo y de Iturbide no solo destruyeron los viles hierros que á México encadenaban: su filo de diamante demolió igualmente los diques formidables que impedian llegase á México el torrente de ilustracion y ciencia, que inundaba á la feliz Europa. Así, pues, tras la magnífica aurora de la libertad, apareció el astro sublime del saber, en todo su esplendor y brillantez.

Millares de obras de literatura y ciencias vinieron á cautivar entonces la atencion del pueblo. La historia, sobre todo; ese inmortal testigo de los siglos, empuñó el cetro entre las demas ciencias, y reinó en las inteligencias de los mexicanos, que ávidos buscaban entre las primeras repúblicas de Roma, de Atenas y de Esparta, modelos dignos sobre los cuales, por decirlo así, pudieran calcar las dichas y las glorias que un seductor porvenir les ofrecia.

(1) La aurora boreal que apareció el dia primero de este mismo mes.



Mas por desgracia se escogió lo malo y desechó lo bueno. La interpretación falsa substituyó al juicio recto. Se olvidaron las leyes de Solon que veían un crimen en el egoísmo y la indiferencia política, y en cambio se adoptó la moral sibarita de Epicuro.

Sobre todo, y muy particularmente, se torció el sentido de aquella elocuente frase del orador mas grande que Roma atesoró: "*No hemos nacido para nosotros, sino para la República*" y desde entónces atorméntanos el deseo de servir al público y á la patria;.... mas vemos con horror el pertenecer á ese público servido, y en cambio nos consideramos cada uno una república.

De aquella copia infiel y de esta interpretación maligna, surgieron dos bandos encontrados: uno que, abandonando la industria y el trabajo, se lanza tras los empleos mas lucrativos. Otro que, sumergido en el egoísmo, contempla indiferente los males de su patria, y aun descubre un amago formidable en las cargas concejiles.

Pero si esos bandos son opuestos en lo físico, en lo moral se ligan, y esa union íntima engendra al juez venal, al empleado infiel, al soldado perjuro, al ciudadano egoísta, al aspirante sin pudor que pretende convertir en hospicio las oficinas nacionales; al revolucionario de profesion, que convierte en derecho, la gracia que le hicieron al darle un empleo quizá por caridad, y que juzga defender aquel derecho en los campos de batalla, cuando solo defiende el rico empleo que debió tal vez al favoritismo, á la audacia, á la humillacion, al capricho de la fortuna, ó á la traicion denigrante y vergonzosa!

Por eso hemos visto al intérprete de la justicia, al custodio de la ley, al defensor de los derechos legítimos, al abogado, en fin, que olvidando la dignidad de su ministerio, la mision de su sacerdocio, reniega de su fé; se prosterna ante el ídolo de la empleomanía; troca el sillón del magistrado por la tribuna del revolucionario, y él y los suyos se lanzan agitando la tea revolucionaria, ni mas ni ménos que las zorras de Sanson incendiando el campo filisteo....!

Por eso hemos visto al vampiro social, al especulador avaro, desprendirse de una parte de su riqueza, para sembrar el oro corruptor en las puertas de los cuarteles, confiado en que de tan estraña simiente, y al derribar á un gobierno legítimo, nacerá con el otro, el agio, el contrabando y el monopolio. De esta suerte pretende establecer su infernal dominio sobre México, cual lo estableció en el mundo entero la serpiente tentadora de nuestros primeros padres....!

Por eso hemos visto á indignos custodios de la patria; á los encargados

de su esplendor y de su gloria; á los guardianes de su decoro y su existencia; á los que han marchitado los laureles y empañado el renombre y fama del noble ejército nacional, vender su espada por un plato de lentejas, lo mismo que el hermano de Jacob vendió su primogenitura....!

Por eso hemos visto al rico agricultor, al opulento propietario, al comerciante acomodado, sin mas programa para la felicidad de su patria, que la *regla de tres y quarterola*; sin mas código fundamental que el arancel y la pauta de comisos, la balanza mercantil y el alza y baja. Idólatras de sus riquezas, vegetan indiferentes á los clamores del suelo que les vió nacer, y lo mismo que el pueblo de Israel, separado de Moises, tributan solamente adoraciones al becerro de oro....!

Por eso, en fin, hemos visto al encargado de las arcas públicas, que ha tenido la ciencia suficiente para convertirlas en el tonel de las Danaides....!

¡Y así, señores, podremos consolidar la magnífica obra de nuestros antepasados? ¿Cómo ser libres los que somos esclavos de la ambicion, la indolencia y el egoísmo? ¿Cómo ser independientes los que nos hallamos ligados á un puñado de oro? ¿Cómo engalanarnos con el nombre de republicanos, y formar una república, sin el pueblo heróico, sin los hombres ilustres que enaltecieron á Roma y á la Grecia....?

Pidamos su linterna al filósofo cínico que buscaba un hombre, y busquemos desde luego.

¿Dónde se encuentra un Licurgo, rechazando el amor de una reina y el esplendor de un trono, ántes que ser cómplice de un atroz infanticidio?

¿Dónde un Régulo entregándose á suplicios espantosos y á la muerte, ántes que ver la humillacion de su patria, ó faltar á la fé de un juramento?

¿Dónde un Cincinato, que despues de llevar triunfantes las águilas romanas, renuncia los cuantiosos regalos del senado, rechaza la dictadura, y vuelve indigente á empuñar los utensilios de labranzas para cultivar los campos?

¿Dónde un Epiménides dejando la Creta para purificar los templos de Atenas, restablecer el culto de los Dioses y extinguir las turbulencias civiles, desdeñando luego la rica recompensa que le habian grangeado sus servicios, y pidiendo en cambio para su patria la amistad de los Atenienses, y para él un ramo de olivo de Minerva?

¿Dónde un Horacio Cocles? dónde un Mucio Seévola? ¿dónde...? ¡Basta! La luz de aquel filósofo nos ha mostrado un funesto desengaño! una terrible realidad!



Devolvamos su linterna á Diógenes, porque ya sin su auxilio podemos ver que la bella creación de nuestros padres amenaza desplomarse sobre nuestras frentes, y sepultarnos en su misma ruina. La ambición, esa palanca mas potente que la de Arquímedes, ha conmovido á nuestra patria en sus cimientos, y pretende arrancarla de su quicio. El ángel exterminador ha cruzado nuestro suelo, y su sangrienta huella, su terrible estrago, ha pesado en toda la república, porque en ella no ha visto la salvadora sangre del Cordero, sino la de los hijos de Hidalgo, de Allende y de Iturbide.

La paz; esa sublime promesa del Evangelio; esa encarnación de la bondad divina; esa emanación purísima del ardiente amor del Salvador del Mundo, concedida á los que le aman y le temen; esa consoladora sombra de la clemencia del Señor, ha huido de entre nosotros; ha desaparecido de nuestro suelo, atraída por el mismo Sér Inmenso que la produce, y en expiación de nuestra iniquidad y nuestros crímenes!

¡Santa paz! Don celestial! Yo, aunque humilde hijo del pueblo, pero que poseo sus creencias y me alumbra la pura luz del Evangelio, yo comprendo tu sublime magnitud, y palpo y penetro tu divina influencia sobre la tierra!

Te veo llegar al mundo como el mas rico presente, como el mayor de todos los bienes! Te veo santa, pura, esplendorosa, con tu faz apacible, tu ropaje de armiño y tus alas de arcángel, descender de los cielos á la tierra, en aquel hermoso dia, en aquella venturosa noche en que Dios quiso consumar uno de los misterios mas tiernos para el cristianismo. Te miro, sí, desprendida de los labios de un ángel, para caer entre el hombre y el Salvador del mundo nacido en un pesebre. ¡Te miro! y en mi corazón de cristiano resuena todavía el coro celestial, que rasgando el éter impalpable llegó hasta nosotros anunciando: "¡Gloria á Dios en las alturas....! ¡PAZ á los hombres en la tierra!!!"

¡Dios mio! ¡Dios de bondad! Nuestra patria, nuestra hermosa y amada patria, es una parte de esa tierra, á donde tu celestial amor envió la PAZ! Devuélvela, gran Dios, á nuestro suelo, que es la patria tambien de nuestros hijos!

Tú, Señor, cuyo aliento absorbió al océano, para precipitarlo despues sobre la tierra en un diluvio universal;

Tú, cuya mirada de ira fundió los astros ignorados, para que cayesen en fuego líquido sobre las ciudades nefandas de Sodoma y de Gomorra;

Tú, que haces rodar sobre la superficie inquieta de los mares inmensas

montañas de agua, para que vengan á humillarse ante la movetisa arena de las playas, como ante un muro de diamante, y eso porque allí has fijado un solo átomo de tu voluntad;

Tú, que si eres grande en el castigo, eres inmenso en la misericordia, y merced á ella salvaste á Lot, libertaste á Noé, y al universo entero le mostraste tu iris;

Tú, y solo tú, ¡Dios mio!, podrás destruir los males de mi patria, y devolverle esa PAZ que se anunció al hombre como gemela, como hermana del misterio sublime que enalteció á la aldea dichosa de Belen!

Mi voz, Dios mio, se eleva á tí desde la tribuna del pueblo, porque no es solo mi guía el esplendor de una pompa cívica.... son mi corazón de fé, mis creencias de cristiano, el amor de mi patria, los que á tí me elevan....!

¡Conciudadanos! Debemos bendecir á Dios que nos ha concedido en este dia, la quietud necesaria para consagrar nuestros recuerdos palpitantes á las víctimas insignes de la independencia de México. Quizá en estos momentos, cuando nos hallamos embriagados por el regocijo y pompa que nos rodean, otros pueblos menos venturosos que el nuestro, tendrán el toque de rebato substituyendo al repique solemne de nuestros templos; en vez de salvas, el estallido de la bomba mortífera; el toque siniestro de degüello, reemplazando á las alegres dianas, y por himnos marciales y cánticos de gloria, el gemido desgarrador del mutilado; el ¡ay! del moribundo; la imprecación del vencido, y la blasfemia horrible del vencedor, que contempla el campo fúnebre de su victoria, mecha en mano todavía, y apostado sobre la cureña del cañon....!

Ojalá que este atroz presentimiento que desgarrá mi alma, sea tan solo un temor vano, hijo único del vivísimo deseo que abrigo de ver feliz y venturosa á nuestra madre patria!

Permita el cielo que todos los hijos de México, recordando hoy que fuimos arrullados en el seno de un mismo dogma, de aquella religion santa que en España subió con Recaredo al trono de Leovigildo, para venir desde allí hasta nosotros; permita, digo, que deponiendo hoy las armas ante las tumbas de nuestros heroes, y ante el vínculo de una misma creencia, todos los mexicanos puedan alzar su voz hasta los cielos, esclamando con nosotros: "Gloria y veneración eterna á Dios en las alturas;

Respeto y gratitud á los heroes invictos de nuestra independencia, dignos instrumentos elegidos por el Señor, único libertador de las naciones, para llenar sus altos fines;

¡¡¡PAZ, en fin, A LOS HOMBRES EN LA TIERRA!!!—DIJE.





LIBERTÉ

FRANÇOIS

1800

LIBERTÉ

FRANÇOIS

1800